

## El amor de su vida

Buscar el amor de su vida era algo que le estaba negado por definición. Desde pequeña fue educada en multitud de valores, pero ninguno se acercaba, ni por asomo, a la idea del enamoramiento. Aquello era un tema tabú. Creció y se desarrolló como las demás niñas, con sus ratos de felicidad, sus ratos de tristeza, sus ratos de excitación, sus ratos de aburrimiento y sus ratos emocionalmente anodinos; porque tiene que haber de todo para poder apreciar cada una de ellos.

En el colegio, a su debido tiempo, sintió el despertar del interés por el sexo opuesto personalizado en Óscar; aquel muchacho rubio de ojos claros que se peinaba con flequillo hacia la derecha y que siempre estaba masticando chicle. Pero el férreo control que le imponían en clase y en casa, trayectos incluidos, no permitió que fraguase cualquier intento de aproximación por su parte y parece ser que el interés de Óscar no coincidía con el suyo. Esto se ponía de manifiesto en todas las fiestas de cumpleaños que se organizaron en su grupo de amigos y a las que le permitieron asistir. Aparte de este amor platónico, lo demás no pasó de ser un cuchicheo-chismorreos entre ella y sus amigas más íntimas.

Sus estudios universitarios la llevaron a un país extranjero donde pudo conocer y relacionarse con personas de otros países. Era difícil entre tanta gente, no encontrar a alguien con quien resonar sentimentalmente y ese alguien fue Milo, un muchacho proveniente de un país en vías de evolución. Tuvieron un par de citas que discurrieron con las dificultades propias de tener que expresarse en un idioma que no era el de ninguno de ellos y en el que había que tratar de deslumbrar al otro. Pero las diferencias culturales, que al principio le resultaban atractivas por lo novedoso, despertaron las alarmas en el personal que se ocupaba de ella. En consecuencia, se celebró una reunión familiar urgente para la demarcación de unos límites que no se deberían traspasar. Ella hizo un amago de rebeldía con la vehemencia propia de la juventud, pero una exposición pormenorizada de las diferencias culturales con el país de Milo le hizo comprender lo arriesgado de la situación y del futuro que le esperaba a su lado. Por otra parte, sus padres le dijeron que habían recibido propuestas de otras familias más cercanas culturalmente y que las estaban evaluando. Por supuesto la decisión final sería consensuada con ella.

Así fue como entre los diversos candidatos seleccionaron a Robert que procedía de un país limítrofe con el suyo. Robert era un muchacho fornido con aspecto de jugador de rugby. Físicamente se parecía algo a su tocayo Redford y él se esforzaba secretamente en acrecentar dicho parecido. Eso, su labia y su posición le hacían atractivo para muchas mujeres. Cuando los presentaron no hubo ningún flechazo entre ellos, tampoco animadversión. No hubo química, ni para bien, ni para mal. Ambos eran atractivos, inteligentes y bien educados. La convivencia podría ser fácil y las familias estaban de acuerdo en la unión. Empezaron a quedar en secreto para irse conociendo. Fueron a pasear, a cenar, a bailar. Se divertieron juntos y finalmente se prometieron y fijaron la fecha de la boda para cuando ambos hubieran terminado sus obligaciones universitarias.

La boda fue de relumbrón, la noche de bodas no tanto; él era un tipo fornido y ella por una razón u otra llegaba virgen al matrimonio. A pesar de su experiencia y del cuidado que puso, no pudo evitar hacerle daño y provocar que ella se contrajera, lo cual aumentó su dolor y su cerrazón. Lo intentó un par de veces más y finalmente desistió y fue a aliviarse al cuarto de baño. Ella se quedó muy dolorida. Un muro de hielo empezó lentamente a formarse entre los dos. Los días siguientes transcurrieron en una atmósfera de ternura

forzada. Cuando estuvo repuesta de su dolor, lo volvieron a intentar, pero el resultado fue el mismo: dolor, contractura, rechazo. Unas noches más tarde, lograron consumar el acto, pero este fue rápido, incómodo y poco placentero, sobre todo para ella.

Pasaron unos meses; de la atracción inicial quedaban pocos rescoldos. Mantenían una relación formal, superficial, educada, algo distante; incluso dormían en habitaciones separadas. Sus múltiples ocupaciones les llenaban sus respectivas agendas. Sus encuentros nocturnos se espaciaban cada vez más y cuando se producían, a pesar de consumarse, seguían siendo insatisfactorios.

A sus oídos llegaron rumores de que su marido estaba teniendo otras relaciones. Decidió hablarlo con él. Mi querida princesa, le dijo éste, sabes que no me casé contigo por amor, sino por obligación; lo hemos intentado, pero no ha funcionado. Nuestros padres acordaron nuestra boda por motivos estratégicos de conveniencia para nuestros dos países. Tú y yo, como príncipes, cada cual de su reino, hemos sido educados para poder gobernar algún día y, además, se espera de nosotros que tengamos una descendencia que asegure nuestro linaje. El amor no entra en esta ecuación; yo te aprecio y te respeto, pero no te amo. Sin embargo, no renuncio a encontrar el amor de mi vida, porque creo que el amor es el sentimiento más poderoso que existe y que todos tenemos derecho a ser felices, y si, por ventura, llegara a encontrarlo te prometo que lo llevaré con total discreción y lo mantendré en el secreto más absoluto.

PEDRO DONADO